

Hemingway, el Cazador de la Muerte: Kenya en la novela de un afrocolombiano

Manuel Zapata Olivella

El escritor y compilador Ntongela Masilela, siempre interesado en el origen común de la diáspora africana, nos ha invitado a colaborar en su antología “Africa, Latin America and the Caribbean: The Idea of Africa.”

Queremos responder a esta solicitud fraternal, revelando las motivaciones psicoafectivas y culturales que inspiraron nuestra novela *Hemingway, el Cazador de la Muerte* (original en español, Arango Editores, Bogotá, 1993).

El porqué de su título, temática, personajes (Hemingway, Kenyatta), tradición kikuyo, Mau-Mau, elefantes, y particularmente, la narración en primera persona en la voz del Premio Nobel, un “musungu” (blanco).

Consecuentes con el argumento de la obra, comencemos por afirmar la raíz ontogénica: Africa, madre del hombre. Para sus descendientes directos no es evocación paleontológica, sino eco de los latidos del primer embrión. Se calcula que ésta pudo haber palpitado hace dos, tres, cuatro millones de años en Kenya. Una fecha indeterminada por los etnohistoriadores pero no para quienes ajustamos nuestros sentimientos y conducta a los códigos genésicos. La sobrevivencia de lo africano en la familia humana trasciende el simple concepto de etnia inmodificada, para expresar la perdurabilidad de su acervo universal.

La mayor conjura de los ideólogos de la teoría “difusionista” sobre el origen del hombre es negar que Africa sea la cuna primigenia. Igualmente rechazan contra toda evidencia histórica que el *Homo sapiens* africano se diseminó al Sudeste por el océano Índico tanto como al Nordeste a lo largo del continente Euroasiático.

También los cronistas del execrable comercio de hombres libres, poco informan de los lazos étnicos y culturales que unían a todos los prisioneros africanos desterrados a la América, cualesquiera fuesen los puertos donde eran embarcados. Para minimizar el flujo proveniente del Este africano se estigmatizó el litoral atlántico con el nombre de “Costa de los Esclavos.”

Pero la historia comprueba que Africa, genética, histórica y culturalmente es indivisible.

Nuestra visita a Kenya (1986) nos permitió comprobarlo. Recorriamos los escenarios donde se desarrollarían las acciones de la novela, cuando el guía nos hizo caer en cuenta que pisábamos la Línea Ecuatorial en el poblado de Nanyuki, inscrito en todas las cartas geográficas y celestes. Entonces recordamos que Kenya y

Colombia, naciones hermanas, compartían rasgos tropicales y culturales semejantes: hombres de variadas etnias; volcanes nevados; litorales oceánicos, frondosas selvas, caudalosos ríos, lagos, sabanas, todos los pisos y climas térmicos... la única gran diferencia: la original, incomparable y poderosa fauna africana!

Extendido los brazos bajo la luz cenital y abiertas las piernas, pudimos abarcar ambos hemisferios, enraizada a nuestros pies la todo-poderosa e inseparable sombra de todos los Ancestros africanos.

He aquí el “plot ancestral” que concede derechos patrimoniales a un narrador afrocolombiano para incursionar en la temática humana y cultural de la antípoda Kenya.

Hemingway y Kenyatta, Protagonistas Principales

Los personajes centrales de la obra están concebidos en la caracterización del cazador Ernest Hemingway y el antropólogo Jomo Kenyatta. La trama que los une es una leyenda kikuyo:

“Todo aquél que dispare contra un animal sagrado, recibirá sobre su propio cuerpo las mismas heridas que le haya ocasionado con sus armas.”

En verdad la bobina de la historia es mucha más compleja. El simple título del libro puede inducir al lector a relacionarlo con el suicidio del novelista: Hemingway, cazador irreductible, víctima de sus propias balas disparadas a la cabeza de las fieras en sus múltiples safaris en Africa.

No obstante la fábula es otra: los colonialistas al destruir con sus armas y voracidad la armonía existente los pueblos africanos y la naturaleza, se destruyen a sí mismos.

Contrario a cualquier presunción simplista, Hemingway no protagoniza en este drama al “malo”, el cazador desalmado, sino a un safarista arrepentido, cuyos ideales encarnan el pensamiento de su paisano Walt Whitman, poeta del amor, la vida, la naturaleza y la fraternidad universal. La transmutación literaria del cazador en ecologista propicia el entendimiento con Jomo Kenyatta, quien oculta su verdadera identidad de líder de los Mau-Mau para colaborar en la expedición científica del escritor, transformado a su vez en jefe expedicionario. Su misión es investigar por qué los elefantes suben a las cumbres nevadas del Monte Kenya.

Cartas Sobre la Mesa

Al revelar las artimañas o trampas que se han entretendido en la creación de una obra literaria se corre el riesgo de perder al lector. Podría crearse mayores desestímulos y confusiones, particularmente cuando se pretende justificar juicios que no están en juego en el contenido de la narración, lo que ocurre en la mayor parte de las siguientes reflexiones.

Gran responsabilidad nos incumbe como autor afroamericano al abordar un tema tan ligado al patrimonio ancestral de muchos de sus lectores. Hemos depuesto sensiblerías para exponer las razones por las cuales hemos escrito sobre una región que se ha pretendido mantener oculta desde la antigüedad para encubrir las tropelías perpetradas por los colonizadores contra sus pueblos.

Conscientes de tales hechos, debimos reflexionar minuciosamente sobre su estructura, personajes, voces narrativas y temática. Son, pues, estos elementos históricos y fabulados los que exigen una confesión de parte.

Hemingway, Narrador

Justo es que comencemos por aclarar el relato en primera persona en la voz de Ernest Hemingway.

¿Por qué el autor afroamericano se oculta tras la personalidad consagrada del Premio Nobel de Literatura?

Leída la novela podrá colegirse que no existe ningún encubrimiento. El estilo del autor es fácilmente reconocible. Tango Hemingway como Kenyatta apenas son portadores en forma impersonal del diálogo entre dos fuerzas históricas enfrentadas: el colonialismo y las luchas emancipadoras del pueblo africano. Resalta el debate filosófico utilizando dos figuras universalmente conocidas, fabular es la única intención de la farsa.

Consideramos válido este recurso literario para sustraernos del archiconocido truco de enmascarar con nombre propio ideas ajenas. Esperamos que en el reino de la muerte, Kenyatta y Hemingway se sienten alguna vez a dialogar sobre el tema.

Titiriteros, Carácteres y Lector

Debido a los mutuos influjos que intercambian autor-personaje y autor-lector, es explicable confundir la vida fáctica de los caracteres con la ficción literaria, y no pocas veces con el titiritero que maneja los cordeles.

Jomo Kenyatta más allá de su ideología y militancia política, ha escrito como antropólogo, el mejor testimonio sobre la cultura kikuyo a la cual pertenecía. Su auténtico pensamiento aparece en los diálogos que se suponen redactados por Hemingway.

La técnica de las superposiciones de caracteres se enriquece con la fábula, género típico de la tradición africana, cuando un elefante filósofo pregunta al jefe de la expedición naturalista (Hemingway), por qué Dios Blanco patrocina el exterminio con armas de fuego de su comunidad religiosa y pacífica.

La Magia y el Mito

La urdimbre de los personajes y las circunstancias en la medida en que suceden episodios inesperados pasa de lo aparentemente real y científico a la nebulosa de la magia, la alucinación y el delirio. Hemingway y sus compañeros de expedición—un biólogo español y una fotógrafa italiana—al principio incrédulos de la existencia del “Mamut Sagrado” en la cima del Monte Kenya, una vez atrapados en la caldera africana, desnudan sus instintos primarios—sexo, celos, miedo, delirios—hasta destruirse a sí mismos. En este contexto es donde aparece la idea suicida que lleva al biólogo, hijo de un torero, a lidiar con su capote un rinoceronte, y a Hemingway disparar contra el “Mamut Sagrado”, a sabiendas de que las halas le rebotarían sobre su cuerpo.

El Espacio Temporal

La historia gira en torno a los días que preceden la captura de Jomo Kenyatta, acusado por el Gobierno Británico de ser el jefe de los Mau-Mau:

- 1953—Aún cuando esta fecha no se menciona en la obra, es clave para amarrar importantes acontecimientos históricos que como hilos invisibles estructuran su trama. Con su detención, el lector conoce la verdadera identidad de Kenyatta, hasta entonces encubierta con el nombre de Kamau Johnstone, uno de los muchos que utilizó a lo largo de su vida.
- 1952—La entonces princesa Isabel de Inglaterra, alojada en el “Treetops Hotel” del Parque Nacional de Aberdares, recibe la noticia de la muerte de su padre, el Rey Jorge VII. En sus inmediaciones tiene lugar un enfrentamiento nocturno entre los personajes principales y un búfalo enfurecido.
- 1954—El “Treetops Hotel” es incendiado y destruido por los rebeldes Mau-mau, otro suceso que tampoco se menciona en la narración. Sin embargo este año es trascendente para la correlación temporal y estructura de la obra: Hemingway recibe el Premio Nobel de Literatura.
- 1961—El célebre escritor colapsa a sus millones de lectores suicidándose de un disparo, hecho con el cual concluye la novela.

En las líneas finales el “narrador” Hemingway revela una carta marcada al lector, en la cual sugiere que el relato ha sido escrito después de la muerte:

“En ese instante, perdido el control de mis movimientos, siento que mi propio cuerpo, sueltas las amarras, flota sin las ataduras de la vida”

La Semilla Más Antigua

La inteligencia humana, esa antiquísima luciérnaga que no ilumina, emprendió en Kenya su vuelo hasta nosotros, hace dos, tres o cuatro millones de años.

Una noche, bajo el cielo estrellado que tanto asustó al homosapiens,—Hemingway, el biólogo, la fotógrafa y un kikuyo—, al calor de los tragos de whisky, advierten sorprendidos que su piel, corroída por el gusano del tiempo, les desnuda hasta dejarlos en sus tétricos esqueletos. Entonces ven desfilar los fósiles de sus antepasados—Ramapiteco kenia, Homo erectus, Homo robustus, Homo habilis, Neandertals, Homosapiens — nacidos y evolucionados a la vuelta de la esquina, cerca de Koopi Fora, al este del lago Turkana y en las orillas del lago Elmenteita, todos en África. Después del largo desfile que duró veinte o más millones de años, los personajes novelados comprenden que son los últimos eslabones de aquella cadena ininterrumpida, Homo contemporaneus. En ese instante, recuperados músculos y tegumentos, son ennegrecidos por la lejana radiación de un hongo atómico que funde la noche en un infierno de llamas.

Sueño, utopía o realidad, allí donde había nacido la semilla del hombre—Kenya—los tambores de guerra de los Mau-Mau anunciaban a los “musungos” que estaban dispuestos a no permitir que incineraran la vida y el planeta.

Los Wa-Ndoboro

Por dos veces se enfrentan el hombre primoeval—los Wa-Ndoboro—y el robot flamígero—Hemingway—en las selvas de Kenya. Desde luego, desnudos los unos y armados de fusiles los otros, el diálogo fue posible solo con las miradas de los siglos:

Los primeros manipuladores del fuego miraban con recelo las armas de los “civilizados” que escupían el rayo de la muerte. Cuando Hemingway ansioso de ganarse su simpatía les ofrece varias botellas de licor, tabacos y un puñado de monedas de cobre, el jefe tribal, malicioso, le pide un fusil que le es rehusado.

Pero más tarde, después que el hombre blanco ha herido al “Mamut Sagrado” y trata de halagarlo con nuevos presentes, el anciano brujo le muestra el camino con su bastón mágico para que se retire, y apretando sus ojos, lo desaparece de su presencia.

La Filosofía Bantú

En *Hemingway, el Cazador de la Muerte*, un espíritu pródigo y vigilante transpira la atmósfera y pensamiento de los personajes: la sombra de los Ancestros bantú.

Profundicemos la naturaleza y trascendencia de este elemento.

Los códigos genéticos marcaron las respuestas biológicas y espirituales que los primeros hombres dieron a los misterios de la vida y la muerte. Desde entonces identifican la familia humana cualesquiera que hayan sido sus mezclas y culturas.

Así mismo la defensa de la vida y la sobrevivencia más allá de la muerte, les llevó a concebir Dioses, Orichas y Ancestros, fecundadores y protectores de la familia. En todas las religiones encontramos esta ideal del génesis como una herencia común de los pueblos. Sin embargo, en el africano y su diáspora es mucho más

connatural en la medida en que somos descendientes directos de los primeros hombres, antes no existieron otros.

La etnia africana en el evolucionar de los tiempos ha generado en su continente de origen las cepas humanas de los pueblos “negrito” y “negros”, las más antiguas del planeta, aunque no se haya podido establecer con certidumbre los anillos que los unen a sus antepasados primigenios.

A este conjunto de ideas y sentimientos ancestrales pueden dársele cualquier nombre, pero nosotros reconocemos en ellos la filosofía del “muntu” que recitan los juglares bantú, yoruba, ewe-fofon, etc., etnias raizales de las mil y una tribus de la familia humana del planeta: “Los vivos y difuntos por voluntad de los dioses y orichas están hermanados con los astros, animales, árboles y herramientas.

Nómadas y Trashumantes

Los lazos ancestrales que ligan los africanos a este ancestro bantú—sangre y espíritu—se entroncan con la etnia “negrito”, desprendida del homosapiens durante el Paleolítico Superior. Nómadas y navegantes recorrieron Euroasia, Australia, Melanesia y Polinesia, originando variedades de pueblos y culturas. Siglos después, ya habitaban en América (¿hace 60-70 mil años?), donde por primera vez se estrecharon las manos los ciudadanos euroasiáticos y afroasiáticos, conformando la nueva nacionalidad multiétnica universal. Aunque la noticia no se difundió por escritos, telégrafo, radio, televideo o satélite, ni consta en ninguna carta geográfica, lo cierto es que en esos tiempos arqueológicos la simiente africana había circunvalado el planeta.

Revivamos estas huellas para desatar el primer nudo de la bobina bantú que nos permita desandar la trama de la novela. Sigamos el camino del sol que diariamente recorre las aguas oceánicas del Pacífico desde las costas colombianas a las de Kenya en el Indico.

Al leer el ensayo antropológico de Jomo Kenyatta, (*Facing Mount Kenya*) descubrimos que el pensamiento religioso kikuyo, a pesar de las distancias geográficas e históricas, preserva la misma filosofía de la tradición oral de nuestros aborígenes.

Igual asombro tuvo Vasco Nuñez de Balboa al encontrar comunidades de “piel oscura” en el litoral del océano que acababa de descubrir (P. Martie). Rasgos que explican el parentesco de las esculturas megalíticas de los mohai de Rapa Nui (Chile), hermanas de las cabezas Olmecas (México), ídolos de Tiahuanaco (Bolivia y Perú) y San Agustín (Colombia). Otro tanto acontece con las milenarias y minúsculas cerámicas de Valdivia (Ecuador) y Tumaco (Colombia). ¡Todos con los rostros de faraones egipcios y reyes de Napata! De estos últimos se conserva la cabeza gigante del rey Natekemani (Meros 1100 A.C?) impresionantemente similar a las Olmecas.

En los litorales, selvas y altiplanos de América, bajo la Luna y frente al Sol naciente, padres fecundos, los pueblos afroamerindios repiten las mismas oraciones y danzas rituales que los bantú en África acompañan con sus tambores y bailes.

“¿Por Quién Doblan las Campanas?”

El título de la obra de Ernest Hemingway no evoca ningún tópico de nuestra narración, pero sí puede simbolizar el reloj del colonialismo al iniciarse el Siglo XVI, marcando con fúnebre simultaneidad las horas de la deprecación y la esclavitud perpetradas en África y América.

El rezongo fúnebre de las campanas denunciaba los millones de cadáveres insepultos, alimento de hienas en las sabanas africanas y detritus de tiburones en las profundidades del Atlántico.

También se oía en los socavones de las minas de oro tapizadas con la osamenta de los taínos, convertidos en raíces, piedras y sangre de los nuevos hombres de América.

Eviquemos África a mediados del Siglo XVI, cuando las naciones europeas se repartían a gruñidos el botín de prisioneros para transplantarlos a sus colonias americanas.

Los Reyes de España, excluidos del gran safari por decisión pontificia, ratificada por el Tratado de Tordecillas (1494), desterraban y vendían a sus propios súbditos africanos nacidos y cristianizados en la Península. Acto impío que reprochaban como oprobioso a los etíopes. Iguales y peores apostasías cometían sus Majestades británicas, francesas, lusitanas, holandesas, belgas y danesas, fueran católicas o calvinistas, cuando cazaban y vendían a los hombres que la misma bula papal había puesto bajo su protección.

¿Con qué moral condenaban a sus pares, los llamados “reyezuelos” a quienes corrompían con filigranas, bebidas embriagantes, mosquetes y pólvora a cambio de sus súbditos?

Detrás de esta cacería avanzaba el gran funeral:

Portugal afirmaba sus dominios en el Congo, Angola, Mozambique y Zanzíbar.

Holanda hundía sus colmillos en Cabo Verde, extendiendo sus garras sobre Sud África.

Inglaterra, atrapada Senegambia, rugía amenazante como potencia en el continente africano. Desde ciudad del Cabo hasta el alto Zambeze, los británicos aliados a los boers holandeses, profundizaban sus conquistas con cañones, fusiles y redobles de guerra sobre las hasta entonces misteriosas tierras de los zulúes, xhosas, sotho, stawana, tonga, zima, pedi.

Por el litoral Indico, los barcos de la Compañía de las Indias Orientales, con pabellón británico, armados de artillería pesada, expulsados árabes y portugueses de Zanzíbar, desde donde afianzaban sus conquistas sobre Kenya, Tanganika, Uganda y la oceánica Australia.

Francia les seguía el rastro, disputándoles y conquistando los territorios del Senegal, Dahomey y Castilla de Oro. Guerras por la posición de fuertes, factorías y la navegación en los ríos Gambia y Senegal por donde fluían las barcazas atiborradas de prisioneros.

Se consolidaba a cañonazos el reparto del globo circunvalado por los navegantes. Evidentemente, el tráfico de hombres superaba el comercio de especias. Sobre las espaldas de los africanos se abría paso la Modernidad, proporcionando a Europa el privilegio de enriquecerse en la nueva era de la “civilización”.

El Rostro Oculto de la Ignominia

El tráfico de los zandj, “hombres negros como azabache” para ser esclavizados comenzó en el Este y no en el Occidente africano. Medio milenio antes de iniciarse la Era Cristiana, el infamante negocio ya se ocultaba por sus perpetradores, dejando a la memoria frágil de la tradición oral los fastos de sus felonías. Los relatos escritos por algunos cronistas y viajeros, más interesados en las hazañas de los conquistadores, menospreciaron a quienes, al decir de Homero, eran “bárbaros”: egipcios, medos, persas, etíopes...

El “padre de la historia,” en sus comentarios sobre Egipto, relata la penetración de las huestes romanas hasta los reinos de Kush, Meroe y Napata en el alto Nilo, cuya antigüedad se remontaba a 2000 años a.C. De allí regresaban las caravanas de cautivos zandj con pesadas cargas de oro, colmillos de elefantes y plantas aromáticas. Unos y otros llegaban a Roma para embellecer a las matronas y servir de esclavos a los patricios.

El primer documento sobre el litoral, “Periplo del Mar Eritreo” fue escrito por otro griego, el navegante Hippalus, quien lo recorrió desde el Cabo de Serapión (Mogadiscio) hasta la isla de sus pobladores, ciudades y puertos ya visitados por mercaderes indios, árabes y hebreos.

Sorprendidos por la gran estatura, fortaleza y habilidad de los zandj en la cacería de leones y elefantes, los marinos subestimarón sus delicadas orfebrerías en oro, marfil, carey y tejidos de algodón, para atraparlos como bestias y venderlos en los reinos de Omán, India y China, donde eran sometidos a trabajos forzados en labores de mampostería, cultivos de caña de azúcar, té y algodón.

Los Primeros Insumisos

Tan antigua como la esclavitud era la decisión de los africanos por liberarse. Los levantamientos y fugas constantes dieron comienzo a la táctica de emboscarse y resistir, precursora de los palenques cimarrones en América.

En el año 868 tuvo lugar la rebelión victoriosa de los zandj en Basora (Mesopotamia), apoderándose del puerto de Obolla, entonces bajo el control del Califato de Bagdad. Los insubordinados resistieron quince años hasta cuando un poderoso ejército árabe logró exterminarlos sin dejar huella de su descendencia.

Aunque los viajeros no narran las luchas de resistencias de los pueblos índicos, sus relatos ayudan a rescatar su pasado brumoso:

La “Geografía de Ptolomeo”, escrita tras la muerte del Faraón por varios autores en Bizancio, (año 120), registra datos que relacionan y esclarecen crónicas dispersas.

Los manuscritos de Al Macundí por India y China también recogen importantes observaciones sobre los pobladores orientales de África (año 915).

Al Idrisi (1100-1166), quedó altamente sorprendido por los vaporosos mantos y alhajas con que se adornaban las hermosas mujeres de piel oscura.

A estos escritos se suman los de Abdul Ibn Batuta quien visitó a Mombasa (1331), gran puerto de embarque de prisioneros zandj hacia el Medio Oriente e Indochina y los del árabe Abú al Masin (1411-1469).

Hasta desde la lejana China llegaron navegantes al oriente africano atraídos por la fama de sus fabulosas riquezas y vigorosos hombres. El primero de ellos fue Tuang Cheng Shih (año 863), seguido siglos después por el almirante Cheng Ho, quien a partir del año 1417, visitó la región por tres veces, la última en 1433.

Resistencia al Islam

Debemos confesar que para nuestro proyecto novelístico importó menos la historia de los colonizadores que la resistencia y perdurabilidad del pensamiento religioso de los oprimidos: la respuesta de los padres de la civilización a los “bárbaros”.

La colonización árabe en el oriente africano durante un milenio, produjo imprescindiblemente un mestizaje con los pueblos del litoral: giriana, duruma, pokomo y con los del interior: kikuyo, masai, tukana, mandi, suk, etc. También éstos han sufrido influjos de hamita y nilótico sin que hayan perdido su lengua y cultura bantú. Los swahili y bajún de la costa han recreado un nuevo idioma árabe-bantú, el swahili.

El Islam es un punto de confluencia con múltiples ramificaciones en torno a sus símbolos inmodificados: el Corán, el Ramadán, las mezquitas, oraciones, vestidos, etc. No obstante prevalece la filosofía bantú, núcleo existencial que ha resistido las prédicas islámicas, católicas y cristianas.

Cuando Cristóbal Colón (1492) pisó por vez primera a la América, en ese mismo año había fallecido Sonni Ali, soberano del esplendoroso Reino del Sonhai. Dejaba una gran herencia a la cultura africana: la Universidad de Timbuctú, el mayor centro cultural y científico de su tiempo. Allí enseñaban los más famosos educadores del mundo árabe:

“...médicos, juristas, predicadores y otros sabios que son generosamente pagados por el Rey. Han traído manuscritos y escrito libros sobre Barbaria (Egipto, Etiopía, Persia, etc.), los cuales eran valorados en mayor precio que cualquier otra mercancía,” escribió el poeta Leo Africanus, protegido de León IX.

Hechos que contrastan con la “calumnia negra” sobre la incultura de los cautivos africanos para justificar su esclavitud. Igual mentira para desconocer y saquear las civilizaciones afroamerindias.

Sin que hayamos caracterizado esta resistencia como elemento central de nuestra novela, Kenya trasciende en los vientos telúricos que respiran los personajes aborígenes y extraños, animales, selvas y cimas nevadas.

Epílogo sin Final

La trata inhumana en el Oriente de la deslumbrante Africa, mantenida a oscuras por los árabes, nunca se interrumpió durante ocho siglos (700-1500), encadenándose al monopolio portugués

(1500-1700). Lejos de humanizarla, los nuevos amos cristianos conservaron las prácticas antiguas, esforzándose en extremarlas.

Con la trata masiva de prisioneros africanos, a partir del Siglo XVI, los lusitanos continuarían la misma política de explotación, esclavitud y silencio de los árabes, desarraigando pueblos y arrasando culturas desde Madagascar, Tanganika, Kenya, Somlia hasta Etiopía. Bandas de cazadores armados y a sueldo de portugueses, británicos y franceses desde el interior de Africa conducían sus prisioneros a las factorías de embarque en Sofala, Malindi, Kilwa, Mombasa (Indico), de donde muchos fueron transportados a la América, vía Manila, vieja ruta de traficantes árabes hacia los mercados del extremo Oriente: India, Malasia, Molucas y Filipinas.

Todavía a principio del Siglo XVIII, cuando la revolución industrial inglesa socavaba la esclavitud con nuevas formas de producción, aligerando en parte el esfuerzo humano, la Compañía Francesa de las Indias Orientales, tras arrebatar a los portugueses las islas Mauricio y Seychelles, expoliaba al máximo la mano de obra esclava.

Aunque el tráfico haya sido reducido, no puede negarse la presencia étnica de los pueblos bantú del Oriente y Sur de Africa en América. Ese influjo no debe ponderarse por la cuantía, sino por su espíritu libertario, hoy presentes en la rebeldía de sus pueblos.

El Gran Safari Comenzó en Oriente

El comienzo de la trata masiva de los pueblos africanos (S. XVI) es un punto referencial muy importante en la motivación para escribir nuestra novela sobre Kenya. Lo que a primera vista pudiera considerarse como inconexo y antípoda, encuentra poderosas razones étnicas e históricas que los justifican:

Africa del Este siempre estuvo ligada a la América.

En gran medida la aparente ruptura se debe al siglo riguroso que pusieron los portugueses en ocultar sus verdaderos intereses esclavistas en el Indico. Aquí nacen las falsedades sobre el poco influjo cultural del Oriente de Africa en la diáspora americana.

Por el contrario, en la lectura de *Hemingway, el Cazador de la Muerte* (Kenya), el lector afroamericano respirará en cada párrafo una atmósfera y una realidad humana que le son propias.

La cuña portuguesa que distorsionaría la historia común de nuestros pueblos comenzó con el primer desembarco lusitano en el Congo, lo que daría una prominente presencia en la costa occidental, cuando gran parte de sus cautivos bantú con destino a la América, fueron embarcados en los puertos orientales de Mozambique.

Rememoremos las andanzas de los portugueses por el Indico, ansiosos de expandir sus negocios esclavistas:

- 1484, Diego Cao explora la costa del Manikongo, donde muy pronto aparecerían las primeras factorías de prisioneros.
- 1488, Bartolomé Dias alcanza el extremo sur del continente africano cuando lo recorre y bautiza con el nombre de Cabo de las Tormentas.
- 1493, Pedro de Carvilha navega el Mar Rojo desde Arabia a Etiopía.

- 1497, Vasco da Gama traspasa el Cabo de las Tormentas, ya rebautizado Cabo de la Buena Esperanza por el Rey Manuel, el Afortunado. Augurio de sus nuevas conquistas en el Oriente.

Gama desembarca en Mozambique y erige varias cruces cristianas, las que fueron destruidas por los aborígenes al considerarlas ídolos contrarios a los suyos. Principios de una guerra que duraría siglos entre las religiones bantú, islámica y católica.

Vasco siguió hasta Mombasa, floreciente ciudad, donde encontró navíos árabes, lo suficientemente numerosos para disuadirlo de atacarla.

- 1502, Vasco da Gama retorna al Indico al comando de una expedición de 19 navíos de guerra para consolidar la hegemonía portuguesa en la región.

Ese mismo año (1502) arriba otra flota lusitana al mando de Pedro Alvarez del Cabral, quien acababa de tomar posesión del Brasil a nombre del Rey de Portugal (1501).

- 1505, Francisco de Almeida, nombrado Virrey de las Indias por la Corona de Portugal, derrotó la flota de los emiratos árabes coligados. El vencedor impondría el nuevo cuño esclavista del Imperio Portugués en Africa y las Indias, el cual calcarían todas las naciones europeas: esclavizar y saquear los pueblos conquistados.

América Ignorada en el Génesis

En la agonía del Siglo XV, el reloj de la muerte había comenzado a marcar los segundos del genocidio de los aborígenes de América.

Mientras los lusitanos continuaban explorando y afianzándose en las Indias Orientales, con "virrey" abordo, los españoles se esforzaban en alcanzar el Imperio del Gran Khan por el Occidente.

- 1492, Cristóbal Colón desembarcó en el islote Guahananí (Bahamas), tomando a nombre de los Reyes Católicos de España la posesión de su territorio y demás adyacentes, convirtiéndose de hecho en el primer Virrey de América.

En su libro de viaje, Colón afirma que "los aborígenes (taínos) tienen la color de los canarios", es decir, similar a los moradores de las islas Canarias, descendientes de africanos desde tiempos inmemoriales (¿Tartessos, Siglo V. a.C?).

En verdad los taínos, estaban emparentados con los melánicos Olmeca de México, "mater gentium" de los pueblos de Mesoamérica. (Coe). *Hemingway, el Cazador de la Muerte* con los tambores y danzas guerreras de los Mau-Mau desde los invisibles horizontes de la noche y las selvas.

El Exodo del Nunca Retorno

En este momento Africa y América comienzan a ser parte de una sola historia. Confluencia que nos permite iniciar nuestra novela sin mayores preámbulos al lector afroamericano.

Conquistada la mayor parte del Nuevo Mundo y diezmados sus pueblos, los Reyes de España repartían a sus favoritos flamencos y germánicos licencias de corzo para que negociaran con los portugueses, sus antiguos súbditos, la mercancía humana que abundaba en sus posiciones de Africa.

Estos últimos disponían de los barcos ataúdes con bodegas nau-seabundas para acarrear millones de africanos cautivos a la América, de donde nunca jamás regresarían a la tierra de sus ancestros. Desde entonces comenzaron a irrigar con sus vidas los yacimientos de oro y plata donde espiraban exhaustos los sobrevivientes amerindios.

Galeones reales y piratas de todas las banderas recorrían el Atlántico, atiborrados de niños, mujeres y hombres, semillas inextinguibles de la nueva progenie americana.

En Africa los puertos y mercados solían cambiar de amos al fuego de los cañones pero los imperios ya demarcaban en el Nuevo Continente la cartografía de sus parcelas:

Portugal, propietario absoluto de sus despensas en el Congo, Angola y Mozambique, abastecía de cautivos a las numerosas colonias españolas, la propia del Brasil y aún le sobraban remanentes para cualquier postor necesitado.

Gran Bretaña, cada vez más ambiciosa, había convertido sus islas de Barbados, Jamaica, Providencia, Bahamas y las Vírgenes en campos de aprovisionamiento y mercadeo internacional, además de suplir las demandas de sus colonias en Virginia, Carolina, Alabama y Mississippi.

Los piratas reconocidos como "caballeros" por el Imperio Británico, asaltaban navíos y puertos en todos los mares, preludio del monopolio esclavista que mantendría por varias siglos.

Francia con sus bucaneros asentados en Haití, disputaban a España espacios en martinica, Guadalupe, el Caribe y Guyana, a la par que sus legiones desembarcaban en Nueva Orleans y el Canadá.

No tardarían en llegar a estas islas los encadenados escultores, poetas y músicos de Benín, mágicos sacerdotes del Vodú.

Holanda había convertido las pequeñas islas de Curazao y Aruba en grandes factorías de prisioneros africanos para el consumo caribeño, sus territorios en la Guyana (Surinam) y conquistas en el Brasil.

Alemania, aprovechada de que sus cortesanos poseían el usufructo exclusivo de licencias para introducir prisioneros africanos a las colonias españolas, inició sus propias conquistas en la Capitanía General de Venezuela.

Cinco siglos después de la sangría que había padecido Africa por más de dos milenios, aparecen historiadores que minimizan a sólo 12 o 25 millones los 50 o más desterrados a la América.

La Guerra Contra la Cacería Humana

Las gestas heroicas de los pueblos africanos por su libertad contra los imperios europeos durante milenios deben figurar en

la Historia Universal como las más importantes por la dignidad humana. Sin embargo, no se registra en los anales de ninguna nación del mundo. Todo lo contrario, se sepulta y recuerda tan sólo como un episodio más de la esclavitud, sin que cuente el heroísmo de quienes se sacrificaron para impedirla y abolirla.

Para los cronistas de la historia africana sólo cuentan los “descubrimientos” y “encubrimientos” de los pueblos colonizados. Más los sometidos también tienen sus Homeros, los juglares que han cantado y preservado en sus cantos la memoria de las epopeyas de sus héroes, mártires e ideales libertarios.

Pruebas de estas luchas son las fortalezas amuralladas construidas por portugueses, holandeses, franceses, alemanes e ingleses en las costas del Atlántico, Mediterráneo y del Índico, donde eran confinados los prisioneros de todo África antes de la partida.

Los nombres de esas “casas de los Muertos” encubren las historias milenarias de culturas vivas y florecientes en el momento en que se enfrentaron a las ordas imperiales de los llamados “cruzados” de la Cristianidad. Asedios, incendios, exterminios, robos, capturas y exilio.

¿Por qué fortalezas amuralladas y no puertos de embarque?

Con esta aparente omisión u olvido se pretende ignorar a millones de rebeldes que murieron en la lucha contra los cazadores de hombres en defensa de ciudades, riberas, litorales y selvas, allí donde hubiera un prisionero que liberar.

Como en todas las infamias, no faltaron los Judas. Muchas jefes y reyes se dejaron sobornar por los invasores, comerciantes y esclavistas, patrocinando los crímenes contra sus hermanos. Otras veces fueron rivalidades ancestrales revividas por los traficantes a cambio de armas, tropas y dineros para destronar a los soberanos enemigos y esclavizar a sus súbditos.

Pero también hubo gobernantes insumisos a los halagos que nunca permitieron en su territorio fortalezas para la concentración y embarque de prisioneros. Movimientos liberadores como el capitaneado por Dingaan, cuya arremetida contra los cazadores portugueses en Sofala fue tan arrolladora que a su paso sus tropas aullantes no dejaron extraños con vida.

Y los temidos códigos espartanos de Zaka, el jefe zulú que hicieron temblar a los sanguinarios invasores de Sud África:

¡“Primero muerto que prisionero”!

¡Primero suicida que esclavo”!

La Parábola del Bumerang

Era necesario recorrer dos millones de años de inteligencia y lucha por la vida, desde el primer Homosapiens africano hasta hoy, para exteriorizar la idea genésica que inspiró nuestra novela. El tema universal está abierto a todos los hijos de la diáspora en cualquier rincón del mundo, y desde luego en cada milímetro de África. Sin embargo, nos reclamaba Kenya, donde nacieron los padres primigenios.

¿Qué actitud han asumido los descendientes africanos, amerindios y mestizos, particularmente los novelistas y poetas,

herederos de los griots y sacerdotes-jaguales, narradores de las epopeyas de nuestros antepasados?

Una vez más nos encontramos con el silencio de la literatura escrita sobre la verdadera épica de los africanos en su desesperada defensa de sus pueblos y culturas.

En *Hemingway, el Cazador de la Muerte*, no intentamos asumir un compromiso global sobre esta responsabilidad ineludible, pero sí comprometernos con una temática que no debemos soslayar con el pretexto de considerarla como algo “exótico” o vedado para un escritor afroamericano.

Apenas trazamos un instante de la memoria universal, los años intermedios entre las décadas 50 y 60 de este siglo, caracterizados por la toma de conciencia nacionalista y las luchas armadas contra el colonialismo en África, concomitantes a los fenómenos de toma de conciencia étnica y social en América por parte de los escritores de la diáspora.

Este paralelismo o itinerario común por la libertad, como lo acabamos de resumir, ha sido constante en nuestro pasado. Revela así mismo que para los escritores de la diáspora no existen meridianos de tiempo y espacio que separen a nuestros pueblos como antípodas y nos demarquen fronteras literarias.

No debe sorprender que ese ideario haya inspirado la rebelión de los zandj en la antiquísima Basora, las guerras de los cimarrones en América, la Revolución Antiesclavista de los generales haitianos (L'Ouverture, Dessalines, Christophe) y la también victoriosa Rebelión Anticolonialista de los Mau-mau (Kenyatta, M'Boya, Kimathi).

¡El mismo grito “¡Uhuru!” (“¡Libertad! ¡Independencia!”)

Hemos querido recoger lo más trascendente de ese origen, encadenándolo a las luchas contra el colonialismo depredador de la vida (Monte Kenya), los hombres (kikuyos), los animales (elefantes), los árboles protectores (mogumos) y la tradición (“Mamut Sagrado”), un cocktail explosivo que como el bumerang africano—única arma capaz de retornar a las manos de su dueño—simboliza el suicidio de Hemingway al descargar sobre sí mismo las halas disparadas contra los hijos de la selva.

BIBLIOGRAFÍA

Coe, Michael D. y Kent Flannery V. *Early Cultures and Human Ecology of the South Coast and Guatemala*. Smithsonian Institution. Washington, DC, 1967.

Kenyatta, Jomo. *Au Pied du Mont Kenya*. (Traduit de l'anglais par G. Marcu et P. Balta). Ed. François Maspero. Paris, 1960.

Martir de Anglería, Pedro. "Décadas del Nuevo Mundo. (Década III. Capítulo II, título: Tribus Etiopes)." Editorial Bajel. Buenos Aires, 1944.

Zapata Olivella, Manuel. *Hemingway, el Cazador de la Muerte*. Arango Editores. Bogotá, 1993.